

**Quién es Quién en las Letras Chilenas?**

**EMMA JAUCH**

**AGRUPACION AMIGOS DEL LIBRO**

## **PROLOGO**

## PALABRAS PARA ENCONTRAR A EMMA JAUCH

Su vivir anímico está unido a la literatura y a la pintura.

Hace 39 años casa con el pintor y escritor Pedro Olmos.

Por veinte años reside en Buenos Aires, vinculada a las labores artísticas. Al regreso a Chile, fija su residencia en Linares.

Ejerce de profesora de Estado en Artes Plásticas en el Liceo de Niñas de Linares y en la Escuela Agrícola de Yerbas Buenas.

En un continuo ejercicio del intelecto, participa en la fundación del Grupo literario ANCOA y en la creación del Museo de Arte y Artesanía de Linares.

Viajera, un día está en la pampa magallánica o en la Isla de Pascua. Otra vez la sabemos de regreso del Cuzco o del antiguo kollasuyo. Y ahora nos habla que luego partirá a Grecia.

Realiza exposiciones de pintura individuales y colectivas en distintas partes del país.

Su más reciente exaltación pictórica la acaba de recibir del escritor Roque Esteban Scarpa, que publicó un estudio titulado "Pedro Olmos-Emma Jauch, pintores de la realidad trascendente".

Se esmera en llegar al alma del vegetal.

El verde de sus obras es llama viva, quemazón, ardor apasionado.

Es en el parque de su casa, retorno a la naturaleza, donde ella establece el diálogo con las palmeras, donde los pájaros muestran sus cuerpos saltarines, con los kaquis, atracción de picaflores, con la flor del Inca que gira al sol, con las rosas de colores de invención, con las gigantes hortensias, las distinguidas camelias, los geranios y achiras, donde palpita el rojo, las chinitas de bronce, los vegetales silvestres y las hojas caídas sin rumor.

Aquí escucha, como las campanas a sus badajos en sus propias torres. Ata su ventura al verde follaje, ya en "Primavera en el Jardín", "El Reino Vegetal", "La Casa", "Achiras" y "Los Pavos Blancos".

Y la escritora.

Escribe cuentos, lanza libros de poesía.

Charlista con imaginación y con imagen. Sus disertaciones las ilustra con transparencias y les da un ritmo.

Publica en 1968 "Los Hermanos Versos", y en 1975 "Noticias de Rapa Nui", éste será reeditado en Bélgica.

Tiene entregado a las prensas ocho sonetos dedicados a ocho plazas.

Entre sus distinciones literarias se cuentan:

Segundo Premio Concurso de Poesía FITAL, 1967.

Mención Honrosa Concurso "Jalil Gibrán", Santiago, 1970.

Primer Premio Cuento, Municipalidad de Chillán, 1971.

Segundo Premio Poesía, en el mismo certamen.

Mención Honrosa Poesía. Concurso del Vino, organizado por la revista "Paula", Santiago, 1977.

Y en lo hondo de este cultivar la sensibilidad, está el remanso de su amistad que hace disfrutar una nueva dimensión espiritual. Su bondad enriquece el alma del visitante, está radiante de brindar a los que responden con luz a la luz. Al llegar el viajero a su casa se le entrega la más amable convivencia y con alegría da todo lo que posee y todo lo que nos falta, dentro de una perfecta armonía y deleitosa confraternidad.

Esto es lo que integra a grandes rasgos a Emma Jauch, que nos viene de Linares.

He aquí el hálito de una mujer de espíritu.

Ella está con nosotros y nos entregará las palabras de su hallazgo, esas que corresponden a su edificación personal.

Dirá lo que siente y quiere hacer sentir.

ORESTE PLATH.

*¿Quién soy?*

Como me lo enrostrara cordialmente Oreste Plath al hacer mi presentación, hace 39 años que estoy casada y entonces, como es lógico, me he acostumbrado a hablar en plural, en "nosotros", y muy escasamente en "yo". De manera que esto, más que un QUIEN SOY va a resultar un QUIENES SOMOS, que les ruego sepan disculpar.

Soy provinciana. Nací en Constitución, y en el tema que de vez en cuando se plantea, provincianos versus capitalinos, muchas veces me he hecho una pregunta un tanto irrespetuosa: ¿Es verdaderamente Santiago una capital?

El mundo de mi infancia, mirado ya con verdadera perspectiva, fue un mundo dividido. Soy hija de alemán y chilena. Por una parte tenía una familia rubia, rosada, de ojos azules, la de mi padre; y por otra, familiares morenos, de cabello ne-

gro y ondulado, y luego resultamos nosotros, pálidos y de cabello lacio y oscuro. No sé si la situación derivó en complejo, pero de niños distinguíamos claramente a nuestras abuelas diciendo "abuela" para referirnos a la alemana, pequeña, seca, con cabeza de águila, y que nos miraba un poco de lejos, como a extraños aborígenes. Y decíamos "abuelita" con la voz rebotante de mieles y ternuras, y sabíamos que estábamos nombrando a la abuela chilena.

Me crié en casa de mis abuelos nativos, alejada de mis padres que permanecían en el campo, y entre tías solteras. También este mundo estaba muy rígidamente dividido entre lo que era para los grandes y lo que era para los chicos. Por pretender antes de tiempo entrar en el mundo de los mayores leí por primera vez, o mejor, traté de leer, el "Don Quijote", porque una tía profesora afirmó que no era libro para niños, y, lógicamente, no entendí nada y me formé una pobre idea de los gustos de las personas grandes.

Constitución ya no era Puerto Mayor, pero en todas las casas quedaban restos de antigua opulencia, muebles de jacarandá, palo de rosa, porcelanas inglesas y alemanas. Comíamos con cuchillos de cabo de marfil, en el que se leía un impresio-

nante CUTLERS TO HER MAJESTY, como si llegaran a nuestras manos directamente de las de la reina de Inglaterra para que en Constitución sirvieran en las mesas abundantes en cochayuyos, ultes, piures, lisas y corvinas, toda la variedad de frutos del mar, que es de uso al sur del Maule.

La generosidad del río Maule merecería capítulo aparte. No sólo la abundancia de pesca, sino toda la abundancia literaria que nos viene desde antiguo. En el Primer Encuentro de Escritores Maulinos, realizado en Linares, Emilio González planteó este interrogante: “¿Es el Maule el río literario de Chile?”, que me permito replantear en este instante.

No recuerdo a qué edad empecé verdaderamente a leer, a leer libros. Pero sí recuerdo mi asombro cuando supe que la tía Ester, encargada directamente de mis cuidados, era un personaje de un cuento de Mariano Latorre, Teresa Núñez. Igualmente en “Puerto Mayor”, otro cuento de Latorre, se alude a mis tíos Jelves, a quienes no alcancé a conocer, de manera bien poco decorosa: en su almacén, afirma, se reunían todos los ociosos del pueblo, que no escaseaban.

Por primera vez, en mi pueblo, conocí a lo que se decía era un poeta. En realidad, no resul-

taba muy alentador, parecería, el ejercicio de la poesía. Era un profesor primario, de apellido Hernández, flaco, alto, usaba invierno y verano una levita ajustada y sombrero de anchas alas. Siempre acompañado de su madre, hacían una pareja muy triste, muy desolada. Escribía versos con descripciones de dolores eternos, y se decía que había sufrido una gran desilusión amorosa. Otro era César Moreno, ganador de todos los premios en Fiestas de la Primavera y Juegos Florales. Las niñas se lo disputaban.

Por los veranos solía aparecer aún otro, Carlos Acuña. Su familia residía en Constitución, pero él trabajaba en Santiago. Muy grave, alto, demasiado corpulento para poeta, nos parecía.

En el Liceo teníamos un profesor poeta, Eusebio Ibar. Nos enseñaba francés, sin poner en ello muchas esperanzas, como un colonizador europeo lo hubiera hecho con los nativos de la Costa de Oro. Había descubierto algunas reglas especiales para nuestra mejor comprensión. Para manejar la doble negación nos recomendaba: "Ustedes dicen NO SE NA LA LECCION. En francés, en lugar del NA pongan un PAS, y asunto arreglado". Entre los grandes, siempre se hablaba de Eusebio Ibar a media voz. Sus actuaciones se desenvolvían en te-

territorio prohibido para los pequeños, pero a los mayores les resultaban muy graciosas, con toda razón, vine a entender después. De boca en boca corrían las cuartetos que tenían por asunto hechos o personajes locales, como aquella del Padre Tadeo, que era “gordo y feo” y a quien “las beatas le besan el deo”, y entonces en los dos versos siguientes se planteaba la duda de Eusebio acerca de qué le besarían “al Padre Ulderico, que es flaco y es chico”. Había fundado una escuela muy particular, que llamó ‘Escuela del Gallo Pelado’ o “Pelao”, más bien, en una de las tantas quintas que su madre le fuera obsequiando en las márgenes del Maule. Recuerdo a mi profesor en una noche de circo, con la Escuela del Gallo Pelao en pleno, en Galería, haciendo reír al público mucho más que los tonis, en medio de sus alumnas y alumnos “patipelados”.

Un día vi en una pizarra, al lado afuera de la Sociedad de Artesanos La Unión, un letrero que anunciaba un recital de Pablo de Rokha y Rojas Jiménez. Yo tendría 12 años y quise ir, pero mi tía profesora decretó que no era para chicos. Siempre he pensado cómo habrá resultado esa actuación de Pablo de Rokha y Rojas Jiménez en la Sociedad de Artesanos La Unión de Constitución.

Otra figura de poeta familiar para nosotros, fue González Bastías. Lo recuerdo con poncho de Castilla, paseándose por el andén de Infiernillo, hoy González Bastías, en el ramal de Talca al puerto. En un periódico del pueblo siempre se publicaban sus versos, que muchas veces aprendí de memoria. Le teníamos, indudablemente, gran admiración.

Y al hablar de un periódico, debería agregar aquí mi primer contacto con la prensa. Mi padre era corresponsal de "La Nación", y algo tenía que hacer relacionado con un periódico que se llamaba "La Reforma", en el que parece que además del punto, coma, y punto y coma, funcionaban los tres puntos. De ahí, de esta "Reforma", debe haber-nos nacido a mis hermanas y a mí, la idea de publicar nuestro propio periódico, que se llamó "El Pipo", en honor a un gato plomo que había en casa. Una entrevista, ilustrada con un dibujo que aún recuerdo, inició la publicación. El entrevistado era el gato, que de pronto, palabras textuales "da un gran salto y desaparece. Después supimos que era la hora de almuerzo de nuestro entrevistado y la familia gatuna". El periódico consistía en cuatro páginas prolijamente escritas a mano, en papel de Escuelas Públicas que el Fisco, con mu-

cha generosidad, distribuía gratis de norte a sur de la República. Rápidamente recibimos pedidos de suscripciones, lo que parece que complicó un poco las cosas. Nuestro trabajo se hizo excesivo. Para ayudarnos, la tía profesora nos facilitó máquina de escribir, lo que definitivamente terminó de disgustarnos. No es la primera empresa que se liquida por sobreprotección. Entonces decidimos cerrar el periódico, para lo cual se abrió la caja de caudales (una redonda, de cartón, de las que se usaban para despachar obleas en la farmacia del abuelo), y hecho el arqueo, sin dar cuenta a los suscriptores, invertimos los fondos en plátanos, piñas y pasteles y así se terminó "El Pipo", **Periódico Independiente**.

Cuando pequeña, las enfermedades eran para mí una fiesta. Enfermedades leves, se entiende, resfríos y epidemias que por turno nos iban tomando a todos los hermanos. Sabía que entonces iba a conseguir tres cosas: una pequeña caja plateada, que la tía Ester me facilitaba, que contenía una pulsera con una libra esterlina, y que yo usaba en la cama, tanto de pulsera como de collar o diadema. Luego, sabía que se me facilitaría el libro que llamábamos la Antología, en el que ella había ido pegando cuanto recorte le resultaba de interés, del

“Zig-Zag” o “El Mercurio”, especialmente. Ahí conocí a Juan Guzmán Cruchaga, Augusto Santelices, Iris, de un feminismo muy adelantado para la época. Recuerdo un artículo impactante, que nada tenía que ver con literatura, acerca de una japonesa (aparecía la foto) que se suicidó por amor “y sus discípulos” . . . Ahí aprendí la estrofa profética de Armando Donoso:

“Yo quiero que mi ataúd  
tenga una forma bizarra,  
la forma de un corazón,  
la forma de una guitarra . . .”

El tercer encanto de la enfermedad consistía en que la abuelita nos preparaba la bebida: una mezcla de pétalos de clavel o azahares, según la estación, algo de agua, raspadura de culén, azúcar flor y clara de huevo, todo muy bien batido, resultando una espuma dulce y perfumada, que se tomaba con bombilla. El pequeño cofre, la Antología y la bebida, están entre los recuerdos más encantadores de la infancia.

Una vez le pregunté a la tía Ester por qué coleccionaba tantos versos, y me contestó que era porque ahí leía cosas que también sentía y que no sa-

bía expresar. Ella me regaló el primer libro de poesías que tuve en mis manos, uno de Magallanes Moure. Fue un libro comprado especialmente para mí. En la portada, un medallón con su retrato. Pero la imagen tampoco correspondía a la idea que yo tenía como la de un poeta; con una barba oscura, mejor parecía un médico. Pero los poemas me encantaron (yo tendría doce años) y aprendí de memoria algunos, aunque después he pensado que no los entendía verdaderamente. ¿Por qué había elegido ese libro? En Santiago, cuidando a una hermana en el Hospital San Borja, tenían de vecina en la habitación contigua a una prima de Magallanes que iba a hacerse monja, enamorada de él y no correspondida. Había vestido a una muñeca con el hábito que usaría en el convento, para regalársela al poeta cuando ya no lo fuera a ver más. Todo muy romántico.

Antes, seguramente mucho antes, había ocurrido mi primer encuentro con la pintura. Mis abuelos maternos tenían una propiedad en Constitución, fuera del pueblo, que se nombraba como LA QUINTA, cuando en realidad era una casa en medio de veinte cuadras de bosque de eucaliptos. Desde los corredores se tenía un hermoso panorama del pueblo, el río y al otro lado, las playas de

Quivolgo. José Boris, que aún reside en el Maule, nos ha contado que hasta allí iba a pintar con Agustín Abarca y Jorge Letelier. También iba don Pablo Burchard, a quien, en un descuido, hurté un pomo de pintura verde. La gran mancha que apareció al día siguiente en mi delantal blanco, fue más que suficiente para delatarme.

También en esa época conocí y no conocí uno de los cuadros que más han despertado mi curiosidad. Existía en Constitución una señora cuyo apellido no recuerdo o no quiero recordar. Esposa de un político de fortuna, había aprendido joyería en Italia, se fabricaba los más finos botines para su exclusivo uso, y pintaba. Enamorada de un señor de Constitución, abandonó a su familia y se radicó en el puerto. En su casa había una sala ("los chicos, no"), en que exhibía sus pinturas, con abundancia de desnudos. Pareciera que en una ausencia, su amado tuvo algún desliz con una empleada de la casa, y que el desliz ocurrió sobre un sofá rojo. Ella pintó la escena en un pequeño cuadro que colocaba, testigo acusador, en la mesa, frente al hechor, cada vez que se sentaban a comer. No lo pude mirar jamás este pequeño cuadro. Como se imaginarán, no era para los chicos.

Seguramente ocurrirá lo mismo en otras lati-

tudes, pero tengo el convencimiento que toda la gente nacida en tierras del Maule siente por la suya un amor especial y entrañable, uno de esos definitivos amores A PESAR DE, que son los grandes de verdad. No importa que haya que emigrar en busca de trabajo, que el suelo sea pobre y erosionado, no importan las malas cosechas, las plagas, conejos y terremotos incluidos. El maulino pena y muere por su tierra y por su río. Quizás de ese amor nació este RULO:

Así empezó la vida.  
Yo recuerdo  
los años de la infancia  
en las tierras de rulo  
de los cerros costinos,  
medidos por la espera  
de las lluvias que caen  
o no llegan  
y la ansiedad,  
adivinando como  
van floreciendo azules  
los campos de lenteja.  
Todo era lento entonces:  
los días, las ovejas  
esponjando vellones.

Todo era lento:  
el río apenas caminaba.  
Los caminos,  
a lomo de caballo,  
se extendían por horas,  
cerro arriba y abajo,  
por las lomas.  
Lentamente y a tajos  
se inscribían los surcos  
en las laderas rojas.  
La semilla,  
responsable y pausada,  
en la tierra reseca se esforzaba  
por dar a luz espigas  
y los pañuelos verdes de las huertas,  
tendidos a las nieblas y al sol  
se marchitaban.

Las monedas, hermano,  
se contaban  
una vez y otra vez  
en la palma extendida  
y te doy mi palabra:  
no bastaban.

Soñábamos el agua.

Se sabía de valles  
con agua desbordando en los canales,  
corriendo desbocada,  
inundando la tierra  
hasta ahogar las raíces  
y levantar en andas  
el maíz amarillo  
y el girasol dorado.

¿Lo ves?

Era el más simple sueño:  
el agua.

En esos benditos tiempos no había televisión. Mi padre, que era progresista, había comprado para la casa en el campo (TAPAR, entre Empedrado y Chanco) una radio a galena, y todos los implementos, cajas, alambres y pilas, estaban ubicados en un rincón de la galería, amoblada con sillones de mimbre, que nos servía de living. Dos cables se dirigían, uno hasta el dormitorio del dueño de casa, el otro, hasta la habitación de un tío, hermano de nuestro padre. Estos cables terminaban en unos audífonos como los que usan, o usaban, las telefonistas. Ambos oyentes comentaban que oían música de Buenos Aires, de Mendoza. Nosotros, los chi-

cos, mirábamos los cables. En ese tiempo leíamos muchos folletines de "El Mercurio". No sé quién en casa había tenido la curiosidad de juntarlos y coserlos por el lomo. Oportunamente lloré a mares leyendo "María". También, no sé por qué ocultos vericuetos, llegaban de la Biblioteca Nacional libros que mi padre conseguía en algún viaje a Santiago. Siempre pienso que en la Biblioteca Nacional no deben haber tenido la menor idea de los caminos que recorrían estos libros viajeros, en tren primero hasta Constitución, luego en carreta con bueyes o a lomo de caballo o mula. Así leí a Julio Verne: "20.000 leguas de viaje submarino", "La isla misteriosa", "Dos años de vacaciones", "Miguel Strogoff", y tantos . . . Por otra parte, el libro de lectura de Guzmán Maturana, al que debemos un agradecimiento eterno, nos revelaba a Víctor Hugo, Rabindranath Tagore, Kipling. Todo un mundo que creo que los niños de hoy ignoran completamente.

Terminados mis primeros años de humanidades en el Liceo de Constitución, se me envió a continuarlos al Internado del N<sup>o</sup> 3 de Santiago. Ahí encontré una bibliotecaria que si hubieran muchas como ella, el amor por la lectura no estaría en cri-

sis: la señorita Elena de la Fuente. Era una mujer encantadora. Recuerdo cuando se dirigía a alguna alumna: "Pensé en ti cuando encontré este libro", le decía. Y una sentía que no sólo ella había pensado en una, que seguramente el autor al escribirlo, había pensado también en una como su destinatario, y leía y leía. ¿Qué? Panait Istrati: "Los cardos del Baragán", "Kira Kiralina", "Mi tío Angel". Leí a Jack London: "El llamado de la selva", "Kazán, perro lobo"; "Bari, hijo de Kazán". Leíamos, ¿entendíamos?, Romain Rolland. Y versos, tantos versos, que además copiábamos en cuadernos, cuidadosa, caligráfica, amorosamente.

Por las noches, una compañera del Internado, Elvira Collados, nos contaba versiones de sus lecturas: especialmente recuerdo sus relatos de novelas de Martínez Sierra y Ricardo León. Con nuestros camisones escolares, sentadas en nuestras camas, esperábamos la hora en que se apagaba la luz y empezaba la maravilla. Cada noche un capítulo, con suspenso y todo. Después siempre me ha parecido que los relatos de Elvira tenían una fascinación que no encontré al leer los originales.

En ese tiempo, escribía mucho en los álbumes de mis compañeras de Liceo, y también eran muy solicitados mis dibujos. Milena Bakovic, de Anto-

fagasta, mostró a un escritor del norte lo que yo le había escrito, y él me mandó a decir que no debía pensarlo dos veces y que me debía dedicar a escribir. Pero yo, en ese tiempo, secretamente, quería ser pintora.

Salí del Liceo muy desorientada. Creo que para mi padre, el profesorado era el destino ideal para las mujeres. O la casa. De manera que entré al Pedagógico a estudiar Historia y Geografía. Indudablemente que mucho debo al par de años que pasé en el Departamento de Historia y Geografía, pero encontré mi Camino de Damasco en una gran sala del tercer piso del antiguo Pedagógico, la última, en la que funcionaba lo que entonces se llamaba Departamento de Dibujo y Caligrafía. Enrique Marshall, Secretario General de la U. de Chile entonces, en un solo decreto que él mismo redactó y escribió, me cambió de asignatura, y, cosa muy importante, me eximió de nuevo pago de matrícula. Armando Lira me hizo un pésimo recibimiento por incorporarme a clases a mitad del año. Aguanté el chaparrón a pie firme y seguí Dibujo y Caligrafía. Cuando yo entré a primer año, Pedro Olmos cursaba tercero, y, muy galante, me esperó.

Como complemento a mi Pedagogía en Dibu-

jo, me matriculé en el curso de affiche, vespertino, que dictaba Anita Cortés en la Escuela de Artes Aplicadas. Muy pronto creo que, a su lado, nos sentíamos affichistas casi geniales. La Dirección Nacional de Salud, que funcionaba al otro lado del Mapocho, solicitó, en cierta ocasión a la escuela, el envío de algunos estudiantes para cooperar en una campaña sanitaria. Fui entre los elegidos. Mientras nosotros íbamos pensando en Colin o Cassandre, el médico que dirigía la campaña tenía también sus ideas bien particulares, y quería que dibujáramos moscas con jockey y maletas portadoras de virus, bacilos y etcéteras. Nuestra calidad de genios, lógicamente, rechazó de plano la idea de dibujar un affiche con moscas con jockey, y nos retiramos con gran dignidad. Cuando relatamos a nuestra profesora lo ocurrido, nos dio su más extraordinaria lección: “No hay malos ni buenos temas —dijo—. Hay malos y buenos affichistas”. Inolvidable Anita. Pero no dibujamos moscas con jockey.

El año 38 nos casamos, Pedro y yo. Contrariamente a lo que hacen todos los recién casados, que es asegurarse un trabajo más o menos estable, nosotros renunciamos a los nuestros. Yo trabajaba en una oficina de publicidad y Pedro en “Ercilla”. No

sé si será una indiscreción muy grande, pero tal vez debiera contar la declaración de amor de mi marido. La verdad es que yo la esperaba, y hasta habíamos discutido el punto con una hermana. Los pintores no se casan, opinaba ella, y yo era una señorita como para casarse. Qué problema. Entonces un día Pedro Olmos me dice: "Casémonos y pololeemos después". Aceptada la propuesta, partimos para Buenos Aires, que se transformó entonces en nuestro centro de operaciones, y en el que permanecemos casi 20 años.

A veces recuerdo con verdadera nostalgia el Buenos Aires de entonces. Nuestro departamento de Lavalle 357; los cafés, el Tortoni, donde siempre se tenía la seguridad de encontrar a un amigo; La Fragata, de San Martín y Corrientes; los restaurantes para los pucheros de amanecida, en Callao; las librerías abiertas de noche, donde se podía empezar a leer un libro, dejarle una marca, y continuar a la noche siguiente con la lectura interrumpida. Una tacita de café, 20 centavos, podía bastar para la tertulia de una velada entera. Recuerdo el Teatro del Pueblo que dirigía el gran escritor y poeta Leonidas Barletta, y en el que se ponía en escena con dignidad, el teatro español del Siglo de Oro, tanto como el argentino, Roberto Arlt, Eichel-

baum, y cuya sala de exposiciones dirigió Pedro un buen tiempo. En ella, a iniciativa de Marta Brunet, a quien los escritores argentinos adoraban, se exhibió una linda muestra de artesanía chilena. Recuerdo mi asombro, en cualquier parque, de pronto, en cualquier plaza, frente a un Bourdelle o un Rodin, y los Salones Anuales de Arte, donde la pintura argentina se estaba abriendo paso para alcanzar categorías internacionales, con nombres tan ilustres como los de Spilimbergo, Basaldúa o Berni. La sorpresa de encontrar en el Museo Nacional de Bellas Artes la maquette que el escultor Rodin presentó al concurso para monumento a Prat, bellísima, que el jurado chileno rechazó, y tenemos lo que tenemos en Valparaíso. Por ese entonces, una visión de Buenos Aires de madrugada sirvió a Anita Cortés de asunto para uno de sus "Andamios".

Pedro ilustró a los poetas y escritores, diseñamos marcas, portadas de libros, carteles, ganamos concursos de affiches. Fui dibujante de la Embajada Británica y de diarios franceses durante la guerra. Hice diagramado en diarios y revistas, fui gerente en una fábrica de estampados de seda, donde dibujates chilenos proyectaban banderines para las Fuerzas Armadas argentinas. En cierta ocasión, el voto de un Presidente de la República, el doctor

Castillo, determinó un primer premio para mí en un Concurso de Affiches. Generosamente se ofreció a Pedro la nacionalidad argentina, y muy chauvinistamente seguimos siendo chilenos. Raúl Mantecola, Fantasio, y la modestia me debería impedir nombrar también aquí a Pedro Olmos, estaban en Buenos Aires en la primera línea de dibujantes. En la Revista de la Cámara Argentina del Libro se dedicó una página a Pedro en la sección titulada Nuestros Dibujantes, y conservo una entrevista que se me hiciera, en circunstancias de discutirse el voto femenino, como a una argentina más. Siempre he pensado que los argentinos nos quieren a nosotros más que nosotros a ellos, situación que me parece por demás injusta.

11. Pero todo era como cuando se sale de vacaciones y se está en el mejor hotel y todo es maravilloso y de pronto se recuerda la casa y el nido. Al menos para mí siempre fue así. Y empezamos a concretar el regreso. Nuestros amigos argentinos no lo podían creer, y menos cuando anunciábamos que volvíamos a Linares. “Pero, che, ¿qué es eso, Linares?”

12. Argentina fue para mí una lección. Creo que miré, escuché y aprendí mucho más que lo que hi-

ce. Entre otras cosas, desde entonces encuentro en Chile, por comparación, las multitudes escasas y las distancias, cortas.

Tal vez desde siempre supe que quería escribir, sin habérselo confesado jamás a nadie, casi sin confesármelo a mí misma. ¿Cómo se puede escribir? ¿Cómo es posible publicar lo que se siente, hasta las más íntimas emociones? Bueno, algún día será. "Y siempre es tiempo", afirma Roque Esteban Scarpa. Esa era mi posición. Hay que vivir como si la vida fuera a durar mil años, sólo así se logra naturalidad. Pedro sostiene que hay que vivir cada día como si fuera el último. (No es lo único en que resultamos divergentes).

Y ocurrió que, casi recién llegada a Chile, enfermé, y tuve que enfrentar situaciones inesperadas y distintas. Se dice que el mundo es según el color del cristal con que se mira. Yo afirmo que es según el punto desde donde se mira, y a mí me tocó entonces mirarlo desde una bomba de cobalto. La perspectiva cambia. Verdaderamente, no se viven mil años. Supe entonces lo que es la solidaridad humana y la abnegación llevada a límites increíbles. Lo que no olvidaré jamás, y supe también lo que es la crueldad, cosa que trato de olvidar.

Había que apurarse, recuperar tiempo, pero eso no se puede lograr de un día para otro.

Debo recordar aquí lo que sería mi primera experiencia poética: viajábamos hacia Córdoba. Era verano, en un tren atestado de turistas, con familias completas y todos los inconvenientes. El medio no era el más adecuado. Sin embargo, de pronto, me encontré pensando en POESIA. Les aseguro que el rostro de la Virgen María ante el anuncio del Ángel, no debe haber expresado más sorpresa que la mía en ese instante. No era cosa de buscar papel y lápiz. Pero el instante pasó, y nunca logré reconstruirlo.

Personas muy cercanas a ella, me han relatado que Gabriela Mistral tenía severos métodos para escribir, que todos los días se sentaba muy temprano, y trabajaba en la tarea de hacer versos, para luego, después, seleccionar lo que iba a quedar.

Yo, debo confesarlo, no soy disciplinada. Ya se me ocurren ideas a borbotones, como me vienen luego largos períodos en blanco, a la espera de que me llegue, como "soplado", un verso. ¿Y si no me "soplan" más?

A nuestro regreso, en Linares, Pedro, con Manuel Fco. Mesa y Samuel Maldonado, echaron las bases de un grupo, que se llamó Ancoa. El objeti-

vo era promover actividades culturales y de acercamiento entre artistas, escritores, músicos. Se propusieron algunas tareas fundamentales, entre ellas el sueño largamente acariciado por Pedro, de crear un Museo. Tuve la suerte de estar ocupando la Presidencia del grupo cuando, por fin, el sueño se concretó, y también me tocó presidir un inolvidable encuentro de poetas, que se convocó por iniciativa de Manuel Fco. Mesa. Supieran con qué envidia escuchaba a Campos Aragón, a Domarchi, a Moreno Monroy, entre tantos otros. Dios mío, pensaba, cómo se atreven. De casualidad me enteré de la existencia de un concurso de poesía en Talca, y a escondidas, como colegiala, actitud que ya no me venía en absoluto, mandé mi anónimo sobre con poemas. La sorpresa fue enorme cuando me comunicaron que había ocupado el segundo lugar. Hay que agregar a ello la masculina reacción de mi marido, totalmente ignorante de las nuevas calidades de su esposa: “¿No me habrás puesto en ridículo?” Una vez constatado que ello no ocurría, fue mi más entusiasta editor e ilustrador. Así nació ese cuaderno que se llamó “Los Hermanos Versos”, que se inicia con este “Jarro Azul”, y con el que festejamos 30 años de matrimonio:

Cualquiera de estos días, cuando estamos  
lado a lado en la mesa  
me persigue la idea de invitarte  
a hundirnos en azul, desde este jarro,  
azul cristal azul, agua azulada,  
dulce bahía azul entre las islas  
en permanente incitación al viaje.

Yo llevaré, según, si te parece,  
un verde lirio azul o un no me olvides.  
Tú, la camisa azul que amabas tanto  
deslucida por soles de otros climas.  
(Tengo el cuaderno azul donde agoniza  
la tinta azul de direcciones muertas,  
de mi padre, de Amalia, la de Sander  
todos muertos de muerte, no de olvido).

Perdidos en azul ya nos saludan  
peces de plata azul toda encendida.  
Antiguos hipocampos  
y sirenas  
se enredan con el humo de tu pipa,  
y nombras a Gauguin y embarcamos  
en un velero azul, a Oceanía.

—Alcánzame el salero.

Regreso desde lejos.

¡Qué difícil la vida!

Nuestra casa en Linares es una construcción vieja, no antigua, en la que se mezclan adobes y cemento, piedras y rejas de fierro, madera y ladrillos, todo ello a la orilla de un jardín en que los árboles, las palmeras y los pájaros se enredan a su antojo, y un huerto y una pequeña chacra en el verano. Desde mucho antes de instalarnos en ella habíamos determinado que se cobijaría al alero de unos versos de Juvencio Valle, un fragmento de "El Canto de Amor":

Venid amiga mía a arar la tierra,  
demos lustre a la vieja agricultura,  
adoremos al buey, hagamos patria,  
ya buscando el coral, lavando el oro  
o apuntando la flecha hacia la luna.  
Ordeñemos la higuera, levantemos  
con cuatro tablas una enredadera.

Ahí, por primera vez, he tenido mi taller, cuando Pedro con mucho esfuerzo construyó el suyo y me dejó a mí el antiguo que le resultaba estrecho.

Para mí ha sido muy importante. La pieza propia, sola, de la que habla Virginia Woolf, por fin a mi alcance. No tengo, sin embargo, lugar fijo para escribir. Siempre que lo hago es a hurtadillas, en cualquier lugar, y sólo después de tener totalmente memorizado lo que voy a escribir. Como es lógico, corrijo, y mucho, y muy ilógicamente casi siempre vuelvo a lo primero que tenía pensado. El Dante, por ejemplo, es indudable que no debió seguir mi método cuando escribió "La Divina Comedia", pero yo tampoco, infortunadamente, soy el Dante.

A Pedro le encanta viajar, y a mí, acompañarlo. El es siempre el que planifica. Luego de determinado el lugar de destino viene una intensa lectura sobre Geografía e Historia, de manera que cuando llegamos, casi ya lo conocemos. Así ocurrió, por ejemplo, cuando fuimos a Macchu Picchu y a la Isla de Pascua. Muchas veces me han preguntado si cuando fuimos a Pascua pensaba de antemano en escribir. La verdad es que no, como motivo me hubiera parecido enorme. Llevaba solamente papel de dibujo y lápices de tinta, insustituibles para dibujar rápidamente mientras se viaja. Pero ocurrió que ya en la isla me empezaron a "soplar" que era un contento y cuando regresamos al "conti" temblaba pen-

sando que se hubiera repetido lo de Córdoba y que todo lo hubiera traído olvidado. El resultado fueron las “Noticias de Rapa Nui”, también ilustradas con bellos grabados de Pedro e impresas con los correspondientes errores tipográficos en una imprenta de Linares, donde aún se paran tipos a mano. Por ahí se lee clorifila en lugar de clorofila, con lo que el verde programado se transforma en personaje como de Lope de Vega.

Desde nuestra casa en Linares han salido las exposiciones de Pedro, tantas, y las mías, escasas. Han salido los cuadernos míos, y recientemente un relato del que Pedro es autor, “Episodio con Cernícalos”, en Ediciones Bolt.

Ahora les quisiera mostrar algunas diapositivas de la casa y sus habitantes:

1.—La tía Ester, quien me regaló mi primer libro de versos.

2.—Una reunión del Grupo Ancoa, en sus buenos tiempos. Ahora desfallece, por no decir que ha fallecido.

3.—La entrada del Museo de Linares, con Raúl Manteola, Marina de Manteola, Pascual Gambino y Pedro.

4.—La fachada de nuestra vieja casa, con Pascual Gambino.

5.—El cacique duerme en una hamaca paraguaya.

6.—En la tierra recién arada, los perros, importantes personajes en nuestra casa. Entre ellos “Diana”:

Te llamamos, como la de Platero,  
Diana, viva feliz perseguidora  
de aves en el huerto, y cazadora  
de dulzura de abejas y el Lucero.

7.—“Cocó”, de “Noticias”:

Este invierno ha sido muy lluvioso,  
Cocó, el gallo colorado, ha muerto,  
hoy ha salido el sol y me aseguran  
que un zorzal ha anidado en el cerezo.

8.—En los tiempos de oro del Grupo Ancoa, cuando nos reuníamos con cualquier motivo, se decía que mucho más para comer y tirarnos mutuamente flores que para otra cosa, pero la verdad es que trabajábamos mucho. Ahí están Mesa Seco, su esposa Carmen Latorre, Silvia Araya, Eliana Peretti, una linda voz linarense.

9.—Margot Loyola, su padre don Recaredo, el músico Próspero Villar, en casa.

10.—En su taller, Pedro trabaja en el retrato de Roque Esteban Scarpa en traje de Caballero de Corpus Christi.

11.—Pedro con uno de los cernícalos.

12.—Siguiendo la teoría de Anita Cortés, pinto el carro del lechero.

13.—El jardín, cuando aún no era la selva que es ahora, con Juvencio y Pedro.

14.—Nuestras rosas:

Porque yo he de volver, en primavera  
ay, los dedos sin yemas,  
aunque sólo fantasma enamorado  
empecinado en adorar las rosas.

15.—Las rosas trepan hasta el techo de tejas.

En mi pequeño y particular Olimpo hay nombres definitivos. Soy repetidora en mis lecturas, y muchas veces, más que un libro nuevo, prefiero releer uno conocido. Cuántas veces llevaré leída "La Amortajada". Podría leer mil veces "Cien Años de Soledad". Entre otros favoritos: Kipling, Katherine Mansfield, Carpentier. En poesía, si he de marcar preferencias, me quedo en España con Miguel

Hernández, y en América con César Vallejo, doloroso, humano, tan de la tierra, tan nuestro.

No sé hablar de lo que escribo. Seguramente ya no lo voy a lograr. De pintura puedo hablar, y hablo y opino. De poesía, no. Son cosas tan distintas. Tengo claro, eso sí, que se escribe con un tremendo dolor y se pinta con una inconmensurable alegría. Pedro dice que pintar es un drama. ¿Será por eso que nuestras pinturas son tan distintas? Necesito conocer mucho lo que voy a pintar, mirarlo un día y otro día, darle vueltas, pololearlo, diría. Claro que hay casos de amor a primera vista: estábamos el pasado verano en Tapihue, territorio de María Ruiz, en Cauquenes. Dormía una agradable siesta maulina, cuando fui despertada de improviso porque un trabajador del fundo había logrado que un amigo que llevaba carbón al pueblo, en su singular carreta, me posara en medio del camino, a todo sol, por un cuarto de hora, con bueyes y todo. Yo nunca en mi vida había ni siquiera intentado pintar un buey, menos una yunta. Pero el hombre tenía tal confianza en mí, que no le podía fallar. Tomé los primeros colores que encontré a mano, verdes, y de pronto, me encontré frente al modelo. Todo resultó como por arte de magia, y ahí quedaron, en un pequeño cartón, y en verdes,

la carreta maulina, con sacos de carbón y carbónero en la cima, con su espléndido par de bueyes y hasta con el aro en el cacho del Siempre Lindo, que tanto me recomendó su dueño que no olvidara. Claro que en un poco más que un cuarto de hora.

Se pinta en soledad. Se escribe en soledad. Pero los cuadros no quedan siempre solos, y lo que se ha escrito empieza, en el momento menos pensado, a tener un eco, y esa es la parte que más extraordinaria me parece. Decir algo, y que alguien responda, con un gesto de comprensión, con el aliento, tan necesario. Primero son los amigos: del norte, Andrés Sabella; del sur, de Punta Arenas, Marino Muñoz Lagos. Larrahona desde Valparaíso; Juan Florit en Santiago; "Portal", siempre alerta; Mengod, Calderón, a quienes no conozco; mi hermano por la sangre, Manuel Francisco Mesa y, aunque no soy partidaria de los gineceos literarios, debo agradecer a Nina Donoso, que me incluye en su Antología de la poesía femenina; a la generosidad de Hernán del Solar, a Antonio Cárdenas, Cabrera Leyva. Agradecer a Carlos René Correa, a Matías Rafide. Luego vienen los que hasta ayer eran desconocidos: desde España, de la Argentina, de Venezuela, Colombia, un espontáneo traductor de Bélgica. Tanto que agradecer. Agradecerle a la

Agrupación Amigos del Libro y a este Museo Vicuña Mackenna, a Oreste Plath, que mantiene encendida la lámpara. Creo en los amigos, esa familia que uno se forma a su gusto, y creo, también, ay de mí, en los enemigos.

Me gustaría que si alguna vez se refirieran a lo poco que he hecho, se reconociera que fue realizado con enorme amor y honestidad. ¿Influencias? Es lógico que las tenga. No se es una palmera en un desierto, apenas una hoja en el frondoso bosque. De una cosa estoy segura: en mi ficha de presentación definitiva, tal vez parafraseando un epitafio histórico, me gustara que se leyera, antes que nada: Emma Jauch, esposa y compañera del pintor Pedro Olmos, y todo lo demás como por añadidura.